

CINCUENTA DIAS DE PASCUA: ALGUNOS COMPROMISOS PASCUALES

El que celebra la Pascua tiene que vivirla.

Y el que vive la Pascua no hace falta que se esfuerce mucho por ser testigo de la resurrección, le saldrá espontáneamente. Ser testigo de la resurrección es algo muy hermoso, pero, dada la cultura de muerte que impera entre nosotros, exige no pocos compromisos. Por ejemplo, el testigo de la Pascua debe:

*Luchar contra todo lo que origina muerte y conduce a la muerte, contra los violentos e injustos, contra los que siguen crucificando la vida y sembrando corrupción. Defender la vida en su plenitud.

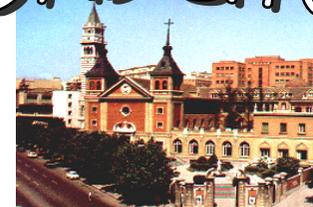
* Combatir por lo mismo las causas de la pobreza, las estructuras opresivas e insolidarias, el egoísmo que anida en el corazón del hombre y en el corazón del mundo.

* Ser testigo de alegría y esperanza. Saber dar razón de nuestra fe ante aquellos que no creen en la primavera y no quieren florecer. Decir que los ideales son necesarios y que las utopías son posibles. No tienen razón los mediocres, los conformistas, los rutinarios. Desde que resucitó nuestro Señor Jesucristo, todas las metas son razonables.

* Vivir en la verdad. Nos hemos acostumbrado no sólo a decir mentiras, sino a vivir en la mentira; es decir, a no sentir lo que decimos, a no expresar lo que pensamos, a no cumplir lo que prometemos, a no ser lo que aparentamos, a no vivir lo que creemos y profesamos. Tantas verdades a medias y tantos intereses no confesados. Pero la Pascua es luz, transparencia total. El hombre resucitado se esfuerza por desenmascarar la hipocresía de la vida.

* Vivir en el amor. Es el secreto último de la Pascua y la fuerza que lleva a la resurrección. Un hombre resucitado es un hombre que perdona, que comprende, que comparte, que se entrega. En una sociedad egoísta e inmisericorde, él debe poner misericordia. "El debe ser el corazón de un mundo sin corazón"

COMUNIDAD EN CAMINO



4º de PASCUA
Ciclo - "C"

PP. DOMINICOS - MADRID
Avda. Ciudad de Barcelona,1
<http://www.parroquiadeatocha.es>

25 ABRIL
de 2010

PARROQUIA NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA

"Dijo Jesús: Mis ovejas escuchan mi voz,
y Yo las conozco, y ellas me siguen..."



El Buen Pastor conoce, camina, apacienta, arriesga la vida por sus ovejas. Las ovejas fieles le siguen, conocen su voz, permanecen en el redil y saben que si alguna vez, seducidas por cantos de sirenas, buscan otros pastos, él no las abandonará a su suerte, sino que saldrá en su búsqueda y perseverará en el empeño hasta que pueda traerlas a casa sobre sus hombros y con una sonrisa en los labios.

COMENTARIO A LAS LECTURAS DEL DOMINGO

Domingo 4º de Pascua. 25 Abril 2010

Hechos 13,14. 43-52. Apocalipsis 7, 9. 14-17. Juan 10, 27-30.

El evangelio de este Domingo es como un paréntesis en el tema de los domingos de Pascua centrados en acontecimiento la resurrección de Jesús, el Señor. Nos presenta una imagen muy familiar y querido por el pueblo de Israel: Dios es el Buen Pastor y el pueblo es el rebaño predilecto de Dios.

Y la manifestación histórica de ese Dios-Pastor es su Hijo Jesús de Nazaret; que, al mismo tiempo, será el “Cordero” inmolado para liberar al Pueblo de los pastores foráneos que asaltaron el redil.

Pero Jesús recordaba, en algún momento, que no solo había venido a liberar a las ovejas descarriadas de Israel, sino que había otras muchas ovejas dispersas por el mundo que también necesitaban ser liberadas. Por eso Pablo y Bernabé, en Antioquia de Pisidia, ante el rechazo y la oposición de los judíos, anuncian solemnemente que desde ese momento se dedicarán a anunciar el Evangelio a los gentiles: *“Así nos lo ha mandado el Señor: Yo os haré luz de los gentiles, para que llevéis la salvación hasta el extremo de la tierra”*.

De esa manera el Rebaño de Dios, el Pueblo de Dios, la Iglesia se ha ido extendiendo por el mundo hasta formar una “multitud inmensa” de creyentes en el Salvador del Mundo, el Buen Pastor que busca a la oveja descarriada; y que inmoló su vida para que no hubiera más que “un solo rebaño y un solo Pastor”, expresando así el inmenso amor que tiene por todos los seres humanos.

Y el apóstol/evangelista Juan nos expresa cómo es ese Buen Pastor, (El Cristo) y cómo actúa en su trato y actitud con sus “ovejas”, con las palabras mismas de Jesús: *“Mis ovejas escuchan mi voz y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna, no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las ha dado, supera a todos, y nadie puede arrebatarlas de las manos del Padre. Yo y el Padre somos uno”*.

No puede continuar todo igual

El gran obstáculo que impidió a muchos acoger la llamada de Jesús fue el apego a los propios esquemas, el temor a perder seguridad, el aferrarse al propio sistema de vida. Jesús fue claro. La conversión que él predicaba no consistía en introducir un pequeño “remiendo” en el sistema de vida judío. La novedad que él aportaba no podía encerrarse en los viejos esquemas del judaísmo.

Han pasado los años. Y el evangelio sigue encontrando en nosotros las mismas resistencias. Pretendemos vivir la fe cristiana “en la periferia” de nuestra existencia, como un remiendo añadido a nuestra vida. Es la tragedia de nuestro cristianismo. Nuestra vida se configura según criterios y esquemas de una sociedad que no está inspirada por el evangelio. Nuestra conversión de corazones no se verifica. El evangelio no introduce un cambio, una diferencia respecto al estilo de vivir de quienes no creen.

Se diría que el cristianismo no tiene fuerza para transformar nuestra vida de raíz. Creemos en el amor, la conversión, el perdón, la solidaridad, el seguimiento de Jesús... Pero vivimos la propiedad, el éxito, el intercambio interesado, el individualismo, la competencia...

Sin embargo, Jesús presenta el evangelio como una revolución. Un espíritu nuevo que exige comportamientos, reacciones y estructuras nuevas. Se trata de vivir de manera distinta. Resistirnos a que todo siga igual. Ver nuestra vida de una manera nueva, desde los ojos de los necesitados de nuestra sociedad, de los desheredados de la vida, como lo realizó Jesús de Nazaret. Entender la existencia desde el amor y la solidaridad.

No vivir simplemente a impulsos de los intereses ni movernos sólo por la atracción de los objetos. Debemos trabajar por la *gracia del evangelio*. Esa gracia que es capaz de introducir una ruptura en nuestra vida, para no seguir viviendo como siempre.

Y no lo olvidemos. Un cristianismo hecho de componendas y arreglos con una vida superficial y egoísta, no es exigente, pero tampoco infunde alegría en los corazones.